OBSCURO, –RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

EL RÍO TIENE RAÍCES

EL RÍO TIENE RAÍCES

Amal El-Mohtar

Traducción de Pilar Ramírez Tello



OBSCURA
editorial

Título original: *The River Has Roots*
© 2025, Amal El-Mohtar
Todos los derechos reservados

© 2025, Obscura Editorial, S. L.
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona
© 2025, Pilar Ramírez Tello, por la traducción
© 2025, Marina Vidal, por la ilustración de cubierta

Primera edición: julio de 2025

Composición de cubierta: Abril Morales i Puig
Maquetación: Abril Morales i Puig
Corrección: Abril Morales i Puig y Aitziber Saldias
La ilustración del sauce es un recurso de Freepik

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org).

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-129906-3-8
Depósito legal: B 9431-2025

Imprès a Gràfiques Rey, S. L.
Carrer d'Albert Einstein, 54
08940 Cornellà de Llobregat
Barcelona



Para Hoda Nassim, que me enseñó a jugar, y para
mi hermana Dounya, que me enseñó a cantar.

¿Qué es un río, sino una garganta abierta? ¿Qué es el agua, sino una voz?

El río Solazar discurre de norte a sur, y sus aguas rebosan gramática.

Las criaturas que, hoy en día, mascullan sobre sus libros de texto, no prestan atención a la gramática. La gramática es tediosa, difícil, lenta; la gramática es un grillete para el lenguaje, que te cambia el *por qué* por *porqué* y el *le* por *les*. La gramática y las personas que la practican son alguaciles que te vigilan con aire ceñudo mientras conjugas verbos, y entornan los ojos al ver tus subordinadas mientras se golpean las palmas de las manos con sus porras de punto y coma.

No obstante, esa no es la verdad de la gramática. Hubo un tiempo en que era salvaje, en el que cambiaba formas y extraía nuevos usos de los antiguos. Gramática, de *gramarye*, de grimorio. ¿Qué es la magia, sino un cambio en el mundo? ¿Qué es la conjugación, sino una transformación de algo en otra cosa? Ella corre; ella corrió; ella correrá de nuevo.

A ver, por dónde íbamos. Ah, sí.

El río Solazar discurre de norte a sur, y sus aguas rebosan gramática. Brota de sus fuentes secretas en Arcadia, conjugándose en su fluir hacia las tierras que creemos conocer. Las rocas sobre las que se revuelca tiemblan hasta

tornar en gemas de muchos colores. A lo largo de sus orillas cabecean las flores y la hierba, aunque sin orden ni temporada: las campanillas de primavera se mezclan con las margaritas del otoño, y enormes espadañas esparcen sus semillas escarchadas por encima de los lechos de caléndulas en flor. A veces, el río se dobla como un codo y, a veces, se estira, ancho y recto como una sombra. Siempre que oigas sus aguas, todo parece posible: que el sol sea la luna, que una estrella sea una nube y que el crepúsculo sea el alba, y todo se torna sagrado y maldito por igual.

Hasta que, claro está, el río llega a los sauces.

Dos árboles formidables, más altos y gruesos que cualquier otro sauce que se haya visto, se alzan en ambas orillas del río Solazar y se inclinan el uno hacia el otro como bailarines o amantes intentando entrelazar las manos. Sus raíces abatanan la superficie del agua por debajo y se trenzan para formar una especie de puente; sus ramas se enredan por encima y se entretejen para formar un gigantesco dosel abovedado.

Los sauces son grandes gramáticos. Sus raíces están más sedientas de lo normal; como redes prietas, tamizan gramo tras gramo la naturaleza salvaje del agua y la absorben en su cuerpo. Puede que el río conjugue todo lo que toca, pero los sauces traducen esa gramática en su crecer y, lentos pero firmes, la contienen en su corteza.

Al sur de esos dos grandes árboles (llamémoslos, como hace el vulgo, los Profesores), el paisaje se calma y reposa. Las estaciones conocen su lugar. Un largo desfile de sauces, que van disminuyendo en tamaño y rareza, bordea las orillas del río Solazar como puntadas podadas a intervalos regulares, de modo que, cuando el

Solazar llega al extremo occidental del bullicioso pueblo de Thistleford, sus aguas ya circulan mansas.

Sin embargo, si contemplaras esos dos primeros árboles (si llegaras de lejos y todavía no tuvieras costumbre de verlos), quizás oirías una especie de zumbido en el aire o sentirías una presión en el pecho. Quizá pensarías que la forma de los troncos o el movimiento de sus copas retorcidas te recordaba a algo o a alguien perdido; a algo o a alguien que darías el mundo entero con tal de recuperar. «Aquí pasó algo —pensarías— hace muchísimo tiempo; y algo —pensarías— está a punto de suceder de nuevo».

Pero así es la gramática: siempre tensa como un instrumento, deseando liberarse, anhelando transformar el presente en pasado y en futuro, el *es* en *era* y en *será*.

En el momento en el que da comienzo nuestra historia, los sauces del río Solazar pertenecían en su mayor parte a la familia Hawthorn, cuyas tierras abrazaban ambos lados del río desde Thistleford a las Tierras Modales, más allá de las raíces de los Profesores. Aquel terreno mudable y titilante acababa en un conjunto de menhires al que la gente llamaba el Estribillo; más allá estaba el País de las Hadas, y todo el mundo lo conocía, a pesar de que nadie lo nombraba de un modo tan simple. Nadie mira directamente al sol, a pesar de que ilumina el mundo, y, dado que las hadas eran la fuente de tanta gramática, en aquella zona tendían a emplear una suerte de traducción para hablar de su país. Lo llamaban Arcadia, el País Bello, la Tierra de Más Allá, la Antigüedad. Y si a veces pretendían dar a entender algo bastante menos bonito de lo que sugerían tales nombres, bueno, siempre se pierde algo en la traducción; y algo curioso se gana.

A pesar de los espinos que le daban nombre, la familia Hawthorn se dedicaba a los sauces y así había sido desde que se tenía memoria. Los cuidaban, los plantaban, los podaban y los cosechaban, y daban buena cuenta de todas sus partes: las hojas para té, la corteza para medicina, cestas y cordaje, y la madera para muebles e instrumentos.

Las personas dedicadas a la gramática empleaban la madera para fabricar sus varitas, mientras que el vulgo la quería por sus propiedades encantadas más pasivas: una flauta de sauce podía alejar de un granero a las ratas y una cama del mismo material a veces ayudaba a inducir sueños lúcidos en quienes necesitaban dormir.

Sin embargo, había imprudentes que, cargando con redes y cestas poco profundas y bien entretejidas de esa madera, se aventuraban con precaución más allá de las ramas de los Profesores para cribar gramática pura. Tamizaban cuidadosamente las aguas para atrapar gruesos pedazos de hechizo, siempre procurando no mojarse la piel. Si pescaban aunque fuera un único gramo sin filtrar, hacían una pequeña fortuna (incluso después de restar los impuestos reales en Thistleford) al vendérselo a quienes practicaban la gramática para su conjugación. Las personas del gremio solían juntarse como proposiciones en las universidades del este y del norte, donde descomponían el lenguaje en sus significados, y solo recibían la gramática en sí para sus proyectos después de que esta se refinara y normalizara; no abundaban quienes se atrevieran a entrar en los pueblos de la *gramarye* y, cuando se daba el caso, lo hacían a regañadientes, como ceramistas que desdeñaran el barro. Por eso, intermediar era un buen negocio.

Cabría preguntarse por qué, entonces, escaseaban las personas que se dedicaban a la pesca de gramos. ¿Por qué no corrían las más remolonas a asomarse más allá de los troncos de los Profesores para introducir sus cestas en las aguas salvajes del Solazar en busca de una gran fortuna?

Y, tras preguntártelo, quizá descubrirías que en las Tierras Modales situadas entre los Profesores y el

Estribillo abundaba una curiosa vida silvestre. Quizá te llamarían la atención unos conejitos grises con unos ojos más humanos de la cuenta; o verías tu nombre escrito por un puñado de ortigas que se agitaban con el viento; o sentirías una punzada de dolor en el pecho al escuchar cantar a un pájaro con una voz dolorosamente humana cuya pena ni siquiera los sauces eran capaces de traducir.

Se usaba el término enturbiar para referirse a los efectos indeseados de la gramática, y, como el papel desgarrado por la presión de un lapicero, era imposible deshacerlos.

Lo que ganaba el pueblo de Thistleford gracias a su proximidad al País de las Hadas era evidente: prosperidad, alegría y un clima más benévolo de lo habitual. Lo que perdía resultaba insignificante; no era más que el precio de hacer negocios.

No obstante, estábamos hablando de la familia Hawthorn, ¿verdad?, y de su trabajo con los sauces: podar, tejer cestas y gestionar aquel recurso encantado. Te contaré un secreto que, en realidad, no es tal, puesto que todo el mundo lo conocía, aunque nadie comprendiera la costumbre: el verdadero trabajo de la familia Hawthorn consistía en cantarles a los sauces. Según un antiguo tratado, solo se exigía hacerlo cuatro veces al año, en el cambio de estación; según una longeva tradición, se hacía todos los días, al alba y al crepúsculo, igual que se da los buenos días a la familia al despertar y las buenas noches al acostarse. Del mismo modo que en la apicultura se informa de todas las noticias a las colmenas para agradecerles la miel, la familia Hawthorn cantaba a sus árboles para agradecerles sus

traducciones. Sin embargo, nadie le había puesto tanto empeño a la tarea como Esther e Ysabel Hawthorn, las últimas hijas de la casa.

Cuando se dice que la buena voz es cosa de familia, se refiere a la herencia, a que algo especial se ha transmitido de generación en generación, como la curva de la nariz o la forma de la mandíbula. Pero las voces de Esther e Ysabel Hawthorn discurrían a la par, como gotas de lluvia por una ventana. Sus voces se entretejían como la urdimbre y la trama de una buena tela, y, cuando las hermanas armonizaban, el aire titilaba a su alrededor. La gente decía que, cuando cantaban juntas, se sentía la gramática en el aire. Si cantaban sobre un cielo tormentoso, el día se nublaba. Si cantaban sobre aventuras, la sangre hervía. Si cantaban sobre una dulce tristeza, todo parecía adquirir un matiz plateado al mirarlo por el rabillo de los ojos.

Esther era la mayor por dos años, su pelo era tan oscuro como el diciembre que la vio nacer y, si esta historia fuera un cuento o una vieja canción, se caracterizaría por su frialdad; Ysabel era la pequeña y, dado que su cabello era tan reluciente como las monedas de los reyes o el maíz en verano, cabría pensar que era propensa al parloteo y el jolgorio. Sin embargo, nada de esto era cierto, ni juntas ni por separado. Esther era considerada y sociable, y, aunque Ysabel tenía una risa tan fácil y ruidosa como las manzanas que caen en los barriles durante el otoño, en realidad era muy tímida.

Se querían con locura, lo que en Thistleford era bien conocido.

Aunque sus voces estuvieran revestidas del lustre de la gramática, Esther e Ysabel no eran gramáticas, y lo

cierto es que tampoco consideraban que su hogar tuviera nada de extraordinario. Estaban acostumbradas al consuelo del verde plata de las hojas de sauce, cuyo estado de ánimo las hermanas leían como si fuera el clima. Los sauces en sí eran como antepasados, como parientes. Sentían un cariño especial por los Profesores, y apreciaban su altura, su sombra y el sonido del viento al pasar entre sus hojas convertidas en carrillones; pero lo que más les gustaba eran las historias que se contaban sobre ellos, sobre por qué sus frondosas cabezas se inclinaban hasta juntarse por encima del río Solazar. Su padre les había explicado que los Profesores se querían con un amor prohibido, de modo que los echaron de sus hogares y desterraron al río, donde los conjugaron en árboles; su madre decía que se habían sacrificado por el bien de sus respectivas familias, que se habían entregado al río a cambio de un regalo secreto. Al margen de los detalles que cambiaran o se desdibujaran con cada narración, el hecho de que los Profesores habían sido y seguían siendo amantes nunca se discutía; se habían profesado amor, y de ahí su nombre.

Desde sus primeros días, Esther e Ysabel nunca habían eludido su tarea, y cantaban el himno requerido con gran solemnidad en cada cambio de estación. Aunque resulte extraño, no estaba en su idioma; no sabían de cuál se trataba, solo que la forma de las palabras encajaba de un modo tan distinto en la lengua que era como si su voz cambiara por respeto a ella. Su madre les contó que sus padres creían que se trataba de galés, hasta que, un día, una carpintera de Oriente que se alojaba con la familia les dijo que le sonaba a árabe, aunque se trataba de un dialecto que no había oído nunca. O era más viejo que ella o

de un lugar al que no había viajado («o mi acento era tan atroz que no entendía nada y le dio apuro confesarlo», les dijo su madre, a su pesar).

Sin embargo, la carpintera había logrado explicarles parte de la letra; era una canción sobre el Viento del Norte, que abría puertas y trasladaba mensajes de y para un ser amado en el exilio. Así que las niñas lo conocían como el Himno de los Profesores y, aunque no lo comprendieran del todo (a veces discutían sobre si el Viento del Norte era un amante o simplemente el mensajero), disfrutaban improvisando armonías con el repetitivo galimatías de sonidos con *la* del largo estribillo, cambiando ligeramente la entonación según la época del año y la probabilidad de que soplara dicho viento.

Al crecer las hermanas y convertirse el canto en su pasatiempo favorito, empezaron a jugar añadiendo material nuevo a su repertorio. A los árboles no les hacía daño; todo lo contrario, de hecho: sus padres detectaron pequeños cambios de color en la corteza y las hojas, aunque los demás efectos eran demasiado sutiles para localizarlos sin la ayuda de la gramática. Sin embargo, si alguien del gremio se rebajaba a realizar un trabajo tan ordinario, en vez de dedicarse al relumbrón de conjugar al servicio del rey, todavía no se había asomado por Thistleford. O, de haberlo hecho (y solo había sido así en una ocasión), había sentido la atracción de Arcadia, de donde no había vuelto a salir.

El gusto es una especie de idioma, y quienes nacen del mismo vientre lo hablan con lengua bífida. A pesar de la

estrecha unión entre Esther e Ysabel, llegó un momento de su infancia en el que sus intereses divergieron y, como los Profesores, se querían desde ambos lados de la división entre ellas. A Ysabel le encantaban los encurtidos, mientras que Esther no soportaba el olor a vinagre; a Esther le encantaba recoger comida del bosque, mientras que Ysabel prefería dedicarse al jardín; a Ysabel le fascinaban los chicos y su compañía, mientras que a Esther le resultaban aburridos y disfrutaba de la soledad.

En lo que concernía a la música, Ysabel adoraba las flautas y las baladas de asesinatos, mientras que Esther era más proclive a las arpas y las canciones de acertijos. A menudo bromeaban la una con las tonadas favoritas de la otra y, mientras recogían ramas o pelaban corteza, discutían sobre qué clase de música disfrutaban más los sauces.

—Lo único que digo —cavilaba Ysabel mientras ataba bien las largas tiras de corteza— es que, si yo hubiera muerto de amor, preferiría escuchar las canciones de William y Margaret. Canciones sobre amores que triunfan, sobre abrazarse para siempre, incluso en el fondo de un río.

Esther tejía una cesta, pero se tomó un momento para levantar la vista y mirar con ojos entornados a su hermana, sonriente.

—Bel, ¿de verdad? ¿Te gustan las baladas de asesinatos porque quieres que te asesinen? ¿O porque en realidad no, pero así lo consigues de forma segura, a través de seis estrofas y un estribillo recurrente?

Ysabel se rio.

—¡Le has dado la vuelta al asunto! ¡Lo que digo es que, si me asesinaran, a mi fantasma quizá le siguieran gustando las baladas de asesinatos!

—O quizás acabaras por odiarlas —repuso Esther—. Sin duda, a mí me resultarían mucho menos emocionantes de estar del lado en punta de una navaja.

Ysabel puso cara de fastidio.

—Vale, vale. ¿Qué crees tú que prefieren?

Esther miró los árboles, pensativa.

—Las canciones de viajes, como su himno. Canciones del mar. Canciones que traen noticias de lejos.

—Entonces, señorita Hawthorn —dijo Ysabel, arqueando una ceja mientras ponía voz grave, en una imitación perfecta de un maestro insufrible de su época escolar—, ¿afirma usted que, de hecho, las personas desean ardientemente aquello que no pueden alcanzar? ¿No crees que las canciones de viajes entristecerían a los que tienen sus raíces en la tierra? Además — añadió, sonriente, al levantar una mano para tocar el tronco de uno de los Profesores—, seguro que el río les trae todas las noticias que merece la pena contar.

—Solo de una dirección —repuso Esther, observando el flujo del agua—. Ese es el problema; creo que agradecerían recibir noticias de las tierras mortales, del trabajo mortal. Y en Arcadia no se canta.

Ysabel guardó silencio un momento y, después, metió los dedos entre la hierba.

—¿Eso te lo ha contado Rin? —preguntó con excesiva ligereza.

Esther asintió y devolvió la mirada a su labor. Ysabel esperó un poco más, pero su hermana guardó silencio, así que se encogió de hombros.

—Bueno, pues Rin se equivoca. Nosotras cantamos en Arcadia, cuando nos perdimos.

Esther se detuvo de nuevo y la miró; su hermana no solía mencionarlo.

—Pero no somos de Arcadia. No es que esté prohibido —dijo con cautela—, pero en Arcadia… no se hace. O no se puede. Allí se tocan instrumentos, pero nunca se canta. Y, si yo viviera allí, Rin me dijo que acabaría por olvidar cómo se hace.

—Pero me dijiste que a Rin le encanta escucharte cantar.

Esther volvió a mirar su cesta y asintió.

—Así es.

Ysabel entrecerró los ojos, buscó la mano de su hermana, entrelazó los dedos con ella y se los apretó.

—Bueno, Rin puede pensar lo que le plazca. Si alguna vez corrieras peligro de olvidar cómo se canta, iría a recordártelo y se acabó. —Esther se rio, pero Ysabel siguió bromeando—. Cada dos semanas. Una semana vendrás por aquí, después yo iré por allí, y así no habrá semana que no nos veamos y cantemos juntas. Me da igual lo dorada y dulce que sea Arcadia, porque no pienso dejarte olvidar ni una sola palabra de *Tam Lin*.

—Puaj, ¡piedad! —se rio Esther—. ¡Esa tonada es un aburrimiento! ¡Siempre nos saltamos unos cuantos versos!

—¡No volveremos a hacerlo! De hecho, ¡nos inventaremos otros! ¡Y te obligaré a aprenderlos!

—Vale, vale —dijo Esther, que levantó la mano para acariciarle el pelo—. Gracias, Bel. Acepto tus tiránicas propuestas. Y, de todos modos —añadió, intentando parecer despreocupada, pero fracasando en el intento—, ya sabes… ya sabes que nunca te abandonaré para irme a Arcadia.

Ysabel sonrió como quien pasa una página.

—¿Qué cantamos a los árboles?

Se decidieron por *The Dowie Dens of Yarrow*, y si los sauces inclinaron sus ramas hacia ellas mientras cantaban y las hundieron aún más en el agua, las hermanas no se percataron de ello.